



La Ley del Karma según el Budismo

Introducción

Entre las enseñanzas fundamentales del budismo, la **ley del karma** ocupa un lugar central. Frecuentemente malinterpretada como una especie de castigo o destino fijo, el karma es en realidad una ley natural que explica cómo nuestras intenciones y acciones moldean nuestra experiencia. No se trata de un sistema de premios o castigos impuesto por una autoridad divina, sino de un principio de causa y efecto profundamente ético, dinámico y liberador.

Karma, en pali y sánscrito, significa simplemente “acción”. Pero no cualquier acción: en el contexto budista, karma se refiere a las **acciones intencionales**, es decir, aquellas motivadas por voluntad, deseo o aversión. Son estas acciones —físicas, verbales y mentales— las que siembran las semillas de nuestras futuras experiencias.

Karma como ley de causa y efecto

El Buda enseñó que toda acción intencional deja una huella en la corriente mental del individuo. Esta huella puede madurar en esta vida o en vidas futuras, dando lugar a experiencias agradables, desagradables o neutras, dependiendo de la naturaleza de la acción original.

Esta ley se puede resumir así:

“Como siembra uno, así cosecha.”
— *Dhammapada*

Una acción motivada por la codicia, el odio o la ignorancia genera sufrimiento, mientras que una acción motivada por la generosidad, la compasión o la sabiduría genera bienestar. Esto se aplica no solo a lo que hacemos, sino también a cómo pensamos y cómo hablamos.

Importante es entender que el karma no es inmediato ni mecánico. Puede pasar tiempo antes de que sus frutos maduren, dependiendo de las condiciones. Asimismo, no todo lo que nos sucede es resultado directo de nuestras acciones pasadas; también existen múltiples causas interdependientes que influyen en la vida.

Karma y responsabilidad personal

Una de las implicaciones más poderosas de esta enseñanza es que **somos responsables de nuestro camino**. Aunque no controlamos todo lo que nos ocurre, sí tenemos influencia directa sobre la manera en que respondemos, lo cual genera nuevas condiciones para el futuro. El Buda dijo:

“Los seres son dueños de sus actos, herederos de sus actos, nacidos de sus actos, relacionados con sus actos, protegidos por sus actos.”
— *Majjhima Nikāya 135*

Esto significa que nuestras acciones tienen consecuencias, y que somos herederos de las condiciones que creamos. Este entendimiento no genera culpa ni miedo, sino claridad y empoderamiento. Cada momento es una oportunidad para sembrar nuevas semillas: con cada pensamiento, cada palabra y cada gesto podemos contribuir al bienestar propio y ajeno.

Karma y renacimiento

En el budismo, el karma no solo influye en esta vida, sino que también está relacionado con el ciclo de renacimientos (*samsāra*). Las acciones acumuladas condicionan las experiencias futuras, incluso después de la muerte. Esto no implica un “alma” que transmigra, sino una **continuidad de procesos mentales** condicionados, como la llama que enciende otra vela.

Un acto de gran generosidad o compasión puede generar un renacimiento favorable; uno basado en crueldad o avaricia puede condicionar experiencias de sufrimiento. Sin embargo, el karma no es destino. En cada vida, en cada instante, existe la posibilidad de transformación y despertar.

El papel de la intención

El aspecto más importante del karma es la **intención (cetana)**. El Buda declaró:

“Es la intención, monjes, lo que llamo karma. Al querer uno actúa, con cuerpo, palabra y mente.”

— *Anguttara Nikāya* 6.63

No es lo que hacemos, sino **por qué lo hacemos** lo que determina el tipo de semilla que sembramos. Una acción aparentemente similar puede tener efectos distintos si está motivada por odio o por compasión.

Este énfasis en la intención convierte la práctica ética budista en algo profundamente consciente. Nos anima a observar nuestras motivaciones con atención y cultivar cualidades sanas como la generosidad, la paciencia, la honestidad y la bondad amorosa.

Karma y liberación

Aunque el karma explica el ciclo del sufrimiento, no es su causa última. La verdadera raíz del sufrimiento es la ignorancia (*avijjā*), especialmente la ignorancia de la impermanencia, del No-Yo y de la ley del karma misma.

Al desarrollar sabiduría, el practicante puede actuar de forma más hábil, generando menos karma perjudicial. Y al alcanzar el despertar, el arahant ha terminado con el ciclo de acciones condicionadas que llevan al renacimiento. Su mente actúa desde la libertad, no desde el deseo ni la ignorancia.

Por eso, el objetivo del camino budista no es crear buen karma indefinidamente, sino **liberarse del ciclo mismo del karma** mediante la comprensión profunda.